

" T O C O  
C O M O S I T U V I E R A  
H A M B R E "



PEPE HABICHUELA

La mujer de Pepe Habichuela lo describe como “un genio un poco hippy” que ha querido más a su guitarra que a ella. Esta semana, el “último mohicano” del flamenco celebra sus seis décadas de carrera con tres noches de fiesta en Madrid. “Serán las más importantes de mi carrera y voy a estar feliz”, afirma.

**D**

15' **DICE PEPE HABICHUELA (Granada, 1944)** que el duende no se persigue. Que el duende está donde uno menos se lo espera. Donde menos se cree que va a salir algo bonito. Que al final todo es un juego y de repente un día, sin saber bien por qué, sin ir buscándolo, brota algo mágico. Que puede estar en un teatro por la noche, en el balcón del Ayuntamiento de Pamplona al mediodía, donde tocó este agosto en el festival Flamenco on fire

que él apadrina, o una mañana cualquiera en el salón de su casa.

En este salón donde hoy nos recibe. En este salón de sillas blancas tapizadas en violeta y sofás a juego. En este salón que preside un cuadro grande de un gitano antiguo tocando la guitarra con un pañuelo en la cabeza: su padre. La imagen convertida en óleo del fotograma de una película que ni sabe cómo se llama en la que participó cuando era muy joven, en aquella Granada donde nacieron y crecieron los Habichuela. En aquel Sacromonte gitano de cuevas encaladas donde se hicieron guitarristas para poder comer y desde donde viajaron después al mundo. En este salón donde dos de sus guitarras esperan mudas a que sus manos las hagan cantar. El resto, una veintena, duermen enfundadas en sus estuches y apila-

das en el cuarto contigo vigiladas por dos retratos en blanco y negro suyos y de su hijo Josemi Carmona. En este salón es donde el maestro, una especie en peligro de extinción, el último artista vivo de una generación irreplicable del flamenco, «el último mohicano», como le dicen guasones en su familia, el «tío Pepe», como lo llaman en el universo flamenco, toca «suavito», buscándole «el sonido pequeñito» a su guitarra. Porque es así y allí cuando, confiesa, sale «una cosa especial que ni yo sé lo que es».

«Yo toco en el salón y estoy feliz», resume él. «Y todo, siempre, de una forma muy natural...».

Todo muy natural significa que Pepe Habichuela toca y compone, improvisando, como cuenta que siempre ha hecho, lo que le va saliendo, y que alrededor de él, Amparo Bengala, su esposa, habla por teléfono o ve la televisión o cocina o hace lo que quiera que esté haciendo. Que así ha sido siempre y no necesita nada especial para concentrarse y desaparecer con su instrumento en ese mundo tan suyo del compás que lleva dentro, como dice señalándose el corazón.

También por eso vive en el barrio de Lucero, cerca de los suyos, una zona humilde, de clase trabajadora, en el sur de Madrid, donde hay «comunicación». Donde uno sale a la calle y ve vida y la gente le dice «¡buenos días, Pepe!» y él les devuelve el saludo aunque no sepa quiénes son. Donde se baja a dar una vuelta para despejarse el día que anda peleado con la guitarra o se va al bar a desayunar y se come la tostada mientras algunos ●●●

**“ PREFIERO DAR SÓLO  
DOS NOTAS QUE TRANSMITAN  
QUE MIL  
QUE NO DICEN NADA ”**



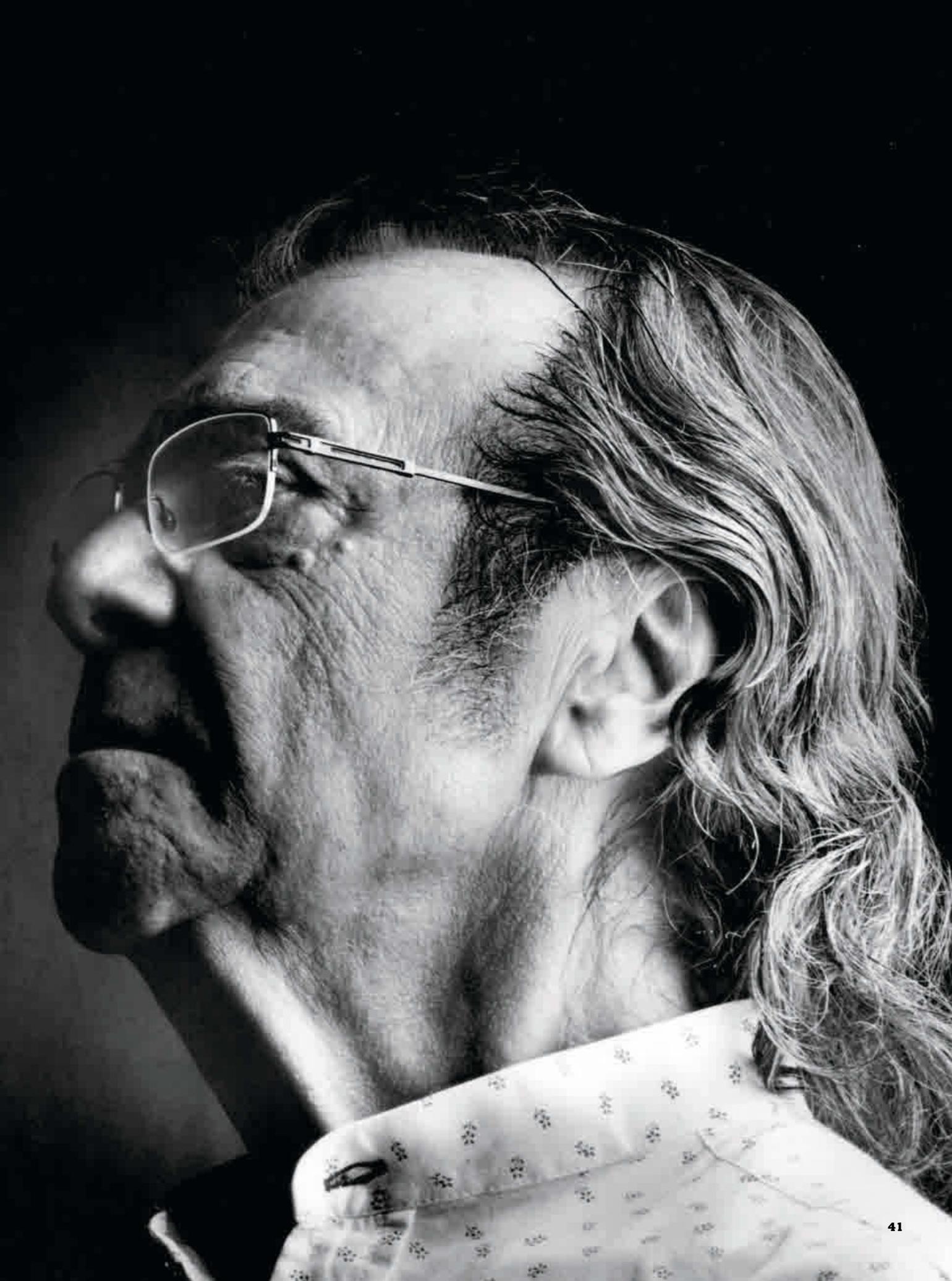
**DAVID LÓPEZ CANALES**

AH, PERO, ¿AQUÍ SE PUEDE SALUDAR?



**JOSÉ AYMÁ**

A LOS ALQUIMISTAS DE RAZONES





parroquianos lo miran curiosos porque saben que ese señor menudo y flaco, de cabello oscuro y patillas largas, es uno de los mejores músicos de la historia del flamenco.

El maestro ha cambiado ahora la guitarra por el sacacorchos para abrir una botella de vino. Después invita a salir al patio. Una terraza interior muy amplia que Amparo ha plagado de plantas, un jardín secreto, un oasis con sendos azulejos con mensaje en las paredes que nos recuerdan que *La buena vida es cara. La hay más barata pero no es vida* y que *No hay que preocuparse tanto por la vida, pues no saldrás vivo de ella*.

Y vienen al pelo, porque hemos venido a casa de Pepe, de José Antonio Carmona, como pone en sus papeles oficiales, a hablar de vida, de mucha vida, de la suya, y de los 60 años que cumple ahora «caminando» por ella con su guitarra. De ahí que su hijo, Josemi, heredero de su genio con la guitarra y su mayor admirador, a quien subió por primera vez a un escenario con cinco años, se haya empeñado en que eso había que celebrarlo. En que su padre merecía un homenaje a esas seis décadas. Y en que ese homenaje había que hacerlo, contr corriente, ahora, ya mismo, con Pepe en plena forma, con Pepe ágil, con Pepe disfrutándolo y no cuando «el viejo» esté «malito» o cuando no esté, que es cuando se hacen siempre los homenajes.

Y así han organizado tres noches de espectáculo esta semana (11, 12 y 13 de octubre en el Circo Price de Madrid), con su familia Carmona, por supuesto, desde su flamenco de tradición a los sonidos de Keta-

ma, y con artistas como los Morente, que son la segunda familia de Pepe porque es la de su compadre Enrique Morente, con quien tocó durante 30 años, Tomatito, José Mercé, Farruquito, Miguel Poveda o Silvia Pérez Cruz, entre otros. Y muchos más que se unirán cada día en la juerga posterior en el céntrico Café Berlín. Porque esto, sí, es un homenaje. Pero son sobre todo tres noches de fiesta. «Y serán las más importantes de mi carrera», anuncia Pepe. «Y voy a estar feliz».

Aunque todo esto quien mejor lo cuenta no es Pepe, sino su esposa. Amparo ha colgado por fin el teléfono después de una hora de cháchara y se ha sentado en el patio a tomar una cerveza con los periodistas. Amparo es hija de Miguel Bengala, que «toreaba muy bien pero le daban miedo los toros» y que por eso se hizo banderillero. Que cuando estaba en la arena y el mozo desde la grada anunciaba «¡agua fresca!» él se giraba y le decía: «¡Quién fuese tú!». Pero Miguel Bengala también era cantaor. Y cuando su hija, que tenía 17 años, conoció a Pepe y se casó con él, cuando lo escuchaba con la guitarra le decía a ella que aquel hombrecito tocaba muy bien, que «echaba vírgenes por sus manos».

Amparo fue bailaora, hasta que la «retiró» Pepe en los años 80. Pero antes habían recorrido mundo ganándose las habichuelas. Habían vivido un año entero en Japón, que ella contaba día a día tachando las fechas de un calendario como si fuera una condena. Y otro tanto en Canadá. Y más aún saliendo adelante en Madrid de tablao en tablao y por el país de bolo en bolo. Y hoy, con una rodilla recién operada, sigue bailando con los suyos. Sobre todo cuando se lo pide su nieta Lucía, de cuatro años. Cuando la niña le hace ponerle y ponerse el vesti-

do y al abuelo le ordena que coja la guitarra y que les toque por rumbas y los tres se montan su fiesta en el salón «y los vecinos deben pensar que estamos 20». En esos momentos tocándole a su nieta es cuando dice Pepe que se siente «más joven y más travieso».

Amparo y Pepe llevan ya 53 años juntos aunque ella se queja —bueno, no se queja, sólo lo dice—, que él siempre ha querido más a su guitarra que a ella y él

## SALE A TOCAR AL PATIO PERO LE DA VERGÜENZA, CREE QUE MOLESTA A LOS VECINOS

lo niega rápido. Y Amparo es quien dice que habrá algunos, en el mundo flamenco y en el mundo gitano, que critiquen que por qué hay que hacerle ese homenaje a Pepe ahora, que está vivo. «Pero yo quiero que quede muy claro, ponlo ahí, ¡eh!, que lo que se le quiera hacer a mi marido tiene que ser ahora, en vida. Y luego, ¡al hoyo!».

Amparo es quien cuenta también que a Pepe se le acercan personas por la calle y le dan las gracias y le acarician las manos. Amparo dice también que Pepe «se lo ha currao», que ha sido un artista «que ha subido de escalón en escalón con mucho trabajo». Amparo me confiesa también que Pepe a veces sale a tocar al patio, pero que le da vergüenza porque se cree que molesta a los vecinos, que se asoman por encima de la ropa tendida a escucharlo. Y que luego las vecinas le preguntan por la calle ●●●

que por qué Pepe no sale más a tocar. Amparo dice también que Pepe es «un genio» y que «como todos los genios, es un poco hippy».

Pero lo más bonito es lo que dice Amparo cuando cuenta que allí, en casa, cuando él anda tocando la guitarra en el salón, ella, aunque esté a otra cosa, aunque le haya dicho que se va a ver la televisión al dormitorio o a dormir, siempre lo escucha, siempre «le echo cuentas». Y que es en esos momentos cuando oye algo y piensa: «Que cosa más bonita está haciendo...». Aunque no se lo dice...

Y Amparo, que es un huracán de palabras al natural, dice también que Pepe es también «un cascarrabias» y entonces Pepe pega un respingo en la silla. Y después Amparo vuelve a me-

lla época dorada que vivió de finales de los 60 y de los 70 en Madrid. «Un tiempo único. Ahora se ha agrandado mucho el mundo y hay mucho ruido. Pero aquello era más legal, más elegante», dice.

Cuando vivían Camarón y Paco de Lucía y conocía y empezaba a trabajar con Enrique Morente. Cuando terminaba de tocar en el tablao de Torres Bermejas, a donde llegó en los 60 desde Granada, con lo puesto, para sustituir a su hermano Juan, que se marchó a hacer las Américas a Nueva York, y las madrugadas seguían hasta el amanecer en otros tablaos y en otras casas. Cuando Morente lo llevaba a tocar en los actos del Partido Comunista y a tomar cañas al café Gijón o al Comercial y el flamenco se mezclaba con los actores y con los intelectuales y a Pepe, que dice que es bonito no estar todo el día entre flamencos, se le abría el mundo. «Pero ahora está la cosa más *dormía*», se lamenta. Por eso cuenta que sale menos, «porque hay menos que ver fuera». Y porque si lo hace, como sabe, se le moja el pico y acaba volviendo a las cinco a casa.

Pepe Habichuela agarra todos los días su guitarra. Lo necesita. Los 73 años, aunque sin achaques, pasan factura. Estira las manos y se las toca. Los callos eternos de la punta de los dedos con piel cobriza, duros y finos, en la mano izquierda. Las uñas largas de la derecha, la del meñique el doble de larga, la del pulgar, dedo fundamental para el flamenco, limada inclinada para que

no se enganche en la cuerda, que brillan por el esmalte con el que las barniza para ganar dureza. Esa edad, me cuenta, la nota sobre todo en esa mano izquierda que digita ahora en el aire sobre un mástil imaginario. «Por eso busco comodidad. Prefiero dar sólo dos notas que transmitan a mil que no dicen nada», afirma.

**¿Y cómo cambia tocar, cuando empezabas, con esas célebres fatigas del flamenco, de la música de la ‘nevera vacía’, como decía Paco de Lucía, a hacerlo con la vida resuelta?**

Yo toco como si tuviera hambre. Y con la misma ilusión, que no se pierde nunca.

Este hombre, como se define él, es un «antiguo moderno». Un «antiguo sonorizado moderno». Historia viva del flamenco más puro y de una época única que

cambió esta música para siempre. Pero un culo inquieto al que le gusta tocar hoy con los artistas jóvenes y que se ha olvidado por completo de los planes que tenía hace unos años de retirarse en algún momento. Ahora, además de esa fiesta de cumpleaños de tres días, prepara un disco en directo que ha ido ya grabando con actuaciones selectas como las que ha dado en el madrileño club Recoletos Jazz y está planeando para el año que viene irse «a dar una vuelta» por Estados Unidos. Mientras el cuerpo aguante y las manos respondan, la guitarra de Pepe Habichuela no guardará silencio. La «caja de ahorros», como la llama, el «hoyo», que decía Amparo, tendrá aún que esperar mucho.

**Pepe, ¿qué habrías sido si no hubieses sido guitarrista?**

¿Me puedo pensar la respuesta?

**Claro...**

... Pues... ¡guitarrista! ■ @Lopezdavid

## “EL HOMENAJE A MI MARIDO TIENE QUE SER AHORA, EN VIDA. Y LUEGO, ¡AL HOYO!”, DICE SU ESPOSA

terse en la cocina porque la visita se queda a comer y en casa de los Habichuela ya están acostumbrados a que eso pase y a improvisar un menú para los que haga falta.

Y es ahí cuando Pepe vuelve a quedarse solo en su patio, con su vino, charlando. Porque ésa, como explica, es su única «política». Tomarse una copa y pegar la hebra y dejar que las cosas vayan saliendo solas, poco a poco. Que no hay prisa, como me repite. Como con la guitarra. Pepe evoca entonces aque-

